

Antropología Experimental

<http://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>

2026. nº 26. Texto 01: 1-6

Monográfico: Amistades feministas. Una mirada antropológica

Universidad de Jaén (España)

ISSN: 1578-4282 Depósito legal: J-154-200

DOI: <https://doi.org/10.17561/rae.v26.10527>

Recibido: 21-11-2025 Admitido: 01-04-2026

Hacer amistad. Etnografías y debates para una antropología feminista de los vínculos significativos

Making friendship. Ethnography and debates for a feminist anthropology of significant connections

J. Ignacio PICHARDO

Universidad Complutense de Madrid

jipichardo@ucm.es

Margaret BULLEN

Euskal Herriko Unibertsitatea (EHU)

maggie.bullen@ehu.eus

¿Qué es la amistad para el feminismo? ¿Qué es una amistad feminista? ¿y cómo lo aborda la antropología feminista? Los artículos del monográfico que aquí presentamos abordan estas cuestiones desde sus múltiples facetas. La amistad está de moda en el feminismo y en la sociedad: como práctica, para hacer, y como teoría, para pensar. Diferentes formas de plantear la convivencia, de configurar la familia, de resignificar el parentesco. Diferentes maneras de crear lazos entre agentes sociales, relaciones más horizontales, vínculos que inspiran y posibilitan acciones de transformación. Vínculos significativos no solamente porque son - mayormente - elegidos, sino porque son fruto de una decisión política, una opción por un tipo de relación, un modo de vivir que refleja y a la vez construye valores de igualdad, horizontalidad y colectividad. Desde el prisma feminista, la mirada antropológica detecta y describe los nuevos escenarios de la amistad, allá donde emergen formas disidentes y divergentes, subversivas y resilientes, placenteras y alegres destinadas a tejer redes de apoyo, propuestas de cuidado mutuo y disfrute en las nuevas posibilidades y proyectos de vida.

La amistad como cuestión antropológica contemporánea

Las escenas que siguen proceden de las etnografías reunidas en este monográfico y se leen aquí como respuestas contrastadas a una misma pregunta. En un entorno festivo donde se dirime quién puede participar y en qué condiciones, la amistad se deja ver como motor de presencia pública, sostén colectivo y fuente de disfrute. En el conflicto de los Alardes de Irun y Hondarribia, María Ruiz Torrado y Margaret Bullen muestran cómo la amistad sostiene la participación feminista y amortigua costes de exposición, sin disociarse del placer y la diversión que también hacen persistir en el conflicto. En una vivienda de Bilbao, Amaia Agirre Miguelez e Irantzu Fernández Rodríguez analizan cómo un proyecto de convivencia entre amigas reordena mandatos sobre familia, pareja e individualismo y se formula con voluntad política y horizonte de futuro. En un registro etnográfico queer, Nerea Goirizelaia y Marta Luxan Serrano exploran

cómo la amistad puede ser aprendizaje, militancia y forma de vida, capaz de desordenar jerarquías sexuales y de género, sin perder de vista límites de clase, acceso a vivienda y desigualdades internas. En la comarca de Mendialdea, Ixone Fernandez-de-Labastida Medina y Miren Urquijo estudian la amistad como práctica que disloca fronteras de edad y origen, y cuyo hacerse visible pasa por la producción situada del encuentro. Leídas en conjunto, estas escenas abren una pregunta común: qué hace la amistad, en términos materiales y afectivos, cuando no se vivencia como suplemento del parentesco ni como refugio privado.

La amistad ha ganado visibilidad en los últimos años en las ciencias sociales y en la filosofía, hasta el punto de que Josepa Cucó habla de un desplazamiento desde un objeto elusivo hacia una exploración creciente y nombra un “boom amical” que excede el ámbito académico. Por otro lado, su conceptualización sigue marcada por bordes porosos y por una tendencia a oscilar entre ideal normativo y categoría “cajón de sastre”, útil para nombrar casi cualquier relación significativa más allá o más acá del parentesco. La tradición antropológica ha respondido a esa inestabilidad con cautela: en vez de fijar una definición rígida de amistad, ha preferido atender a la variabilidad de las prácticas amicales y a sus zonas de contacto con parentesco, trabajo, jerarquía y política (Bell y Coleman, 1999; Desai y Killick, 2012).

Este monográfico se sitúa en ese cruce, con la vocación de leer la amistad como relación situada que, en determinados contextos, puede adquirir densidad política porque produce capacidades para sostener la vida compartida, reordenar pertenencias y disputar jerarquías. Esta dimensión de transformación aparece cuando la amistad opera como soporte de cuidados y de apoyo mutuo, cuando reorganiza formas de convivencia y de futuro, cuando hace posible la exposición pública en escenarios de conflicto, cuando abre o clausura espacios de seguridad, o cuando se vuelve condición de posibilidad para trabajar y vivir en instituciones jerarquizadas (Esteban; Guilló y Muelas de Ayala; Ruiz y Bullen; Agirre y Fernández Rodríguez; Jiménez y Pichardo; Goirizelaia y Luxan; Pérez Galán; Fernandez de Labastida y Urquijo, en este monográfico).

El proyecto Adiskide¹, germen de esta publicación, parte de una apuesta epistemológica feminista: tratar la amistad como un lugar privilegiado para observar cómo se sostienen y se disputan, en la vida cotidiana, mandatos de género y formas ordinarias de patriarcado. En ese marco, resulta más productivo entender lo feminista no tanto por quiénes componen una relación, sino por la orientación que adopta y por el tipo de compromiso que genera entre quienes la sostienen. No se trata de idealizar una idea de horizontalidad como si fuera automática o fácil, sino de mirar qué formas de interdependencia se ensayan y, sobre todo, si esas formas evitan descargar de nuevo el sostén de la vida sobre la familia, la pareja o, una vez más, sobre las mujeres. Se trata, así mismo, de sortear el riesgo de naturalizar supuestas diferencias esenciales entre amistades de mujeres y de hombres. Por este motivo, el volumen se apoya en etnografías de prácticas amicales concretas, en escenarios diversos, donde también se vuelve visible el impacto de condiciones materiales, trayectorias y movilidades sobre la posibilidad de sostener vínculos. El volumen permite proponer la hipótesis de que la amistad puede ser una infraestructura de vida que abre posibilidades de autonomía y de interdependencia no patriarcal, pero también un terreno donde se redistribuyen cargas y se hacen visibles tensiones, asimetrías y exclusiones.

Aquí la amistad no se entiende como una esencia afectiva previa que después se politiza, ni como un suplemento amable de la vida social. Se entiende como andamiaje relacional con rendimiento social y con costes. Cuida y sostiene, pero también tensiona y puede volverse terreno de pugna. Esta formulación obliga a observar condiciones materiales, espaciales, temporales e institucionales que hacen posible crear y mantener vínculos, pero también desigualdades que atraviesan su acceso. De ahí una precaución que recorre el monográfico: el auge contemporáneo del discurso sobre amistad puede convertirla en brújula moral y prescribir disponibilidad y reciprocidad como si fueran universales. Frente a esa posible deriva, el conjunto ofrece una comparación etnográfica que permite explorar su potencia transformadora sin intención de romantizarla. Frente a lecturas que separan lo íntimo de lo social, o que psicologizan el vínculo, el conjunto muestra cómo se sostienen relaciones, cómo se negocian obligaciones y cómo operan límites, cierres y desigualdades, sin convertir la amistad en solución ideal.

¹ *Dislocando las fronteras del conocimiento, el género y el parentesco. La amistad como política y redefinición de los afectos y la reciprocidad* (PID2022-137967NB-I00, 09/2023 a 08/2026)

Genealogías para pensar la amistad

La decisión de no clausurar la amistad en una definición universal tiene antecedentes en la antropología social. Mari Luz Esteban recuerda que “tiene poco sentido” construir una definición rígida y global y que delimitar qué es o no es amistad abre un debate que conviene desplazar hacia el estudio de formas e intensidades situadas (Esteban, en este monográfico). Esa prudencia permite seguir la amistad allí donde se entreteje con parentesco, convivencia, trabajo, vecindad o militancia, sin imponer un modelo previo de voluntariedad, igualdad o desinterés.

En esa línea, Sandra Bell y Simon Coleman propusieron tratar la amistad como problema transcultural capaz de revelar sesgos etnocéntricos de los modelos occidentales de intimidad (1999). Amit Desai y Evan Killick insistieron en que la amistad no puede aislarse como esfera privada pura porque se articula con economía, jerarquía y política, de formas ambivalentes según los contextos (2012). El monográfico recoge esa desnaturalización, pero la desplaza hacia una pregunta más precisa: no solo cómo varía la amistad, sino bajo qué mecanismos concretos se vuelve infraestructura de sostenimiento y de transformación.

El término “amistad” arrastra una visión etnocéntrica que la confina a lo personal, no instrumental y privado, privilegiando lo sentimental sobre lo político. Beatriz Pérez Galán lo discute estudiando la amistad en la academia, precisamente donde suele considerarse irrelevante, y mostrando cómo se vuelve condición de posibilidad, pero también foco de tensiones, en un campo jerarquizado. Esta posición conecta con debates sobre vida personal e intimidad. Lynn Jamieson propuso observar cómo se negocian poder, desigualdad y expectativas en relaciones concretas (1998). Carol Smart insistió en que lo personal no constituye un dominio privado separado, sino un espacio de normatividades y reconocimientos sociales (2007). Eva Illouz analizó cómo el capitalismo emocional reorganiza lenguajes afectivos y modelos de elección (2007) y Viviana A. Zelizer desmontó la idea de esferas separadas al mostrar la co-constitución de transferencias económicas y relaciones íntimas (2009). Estas líneas ayudan a ser conscientes de que la amistad se vuelve analíticamente relevante cuando se la piensa como práctica social situada, atravesada por tiempo, trabajo, cuidados, legitimidades y recursos.

Sasha Roseneil defendió que tomarse en serio la amistad obliga a desplazar la imaginación normativa del cuidado más allá de la familia y la pareja, con implicaciones analíticas y normativas para la política social (2004). María Puig de la Bellacasa propuso pensar el cuidado como ética y práctica situada, material, no reducible a virtud privada (2017). El monográfico dialoga con estas propuestas, pero introduce una exigencia de precisión, ya que el cuidado tampoco puede funcionar como palabra total. Hay que especificar qué prácticas se nombran bajo este paraguas, quién cuida, con qué recursos, con qué reciprocidades y con qué dificultades. En el volumen, esta preocupación se traduce en escenas donde el sostén amistoso aparece como economía de tiempo y energía, como negociación de obligaciones y como posible fuente de conflicto.

Desplazamientos analíticos

La amistad no opera únicamente como elemento relacional exterior a la familia, sino como campo de fricciones donde se disputan jerarquías de vínculo. En Agirre Miguelez y Fernández Rodríguez, la convivencia entre amigas se formula como proyecto político con tintes feministas que cuestiona la centralidad de la familia nuclear y la pareja heterosexual, y se piensa con horizonte de futuro. Goirizelaia y Luxan Serrano presentan la convivencia y las redes de amistad queer como apuesta transformadora capaz de reordenar heteronormatividad, parentesco y jerarquización de relaciones, sin caer en voluntarismo: se subraya el peso de condiciones materiales de vivienda y de desigualdades que limitan la capacidad de elegir con quién, cuántas personas y dónde vivir. Guadalupe Jiménez-Esquinas y J. Ignacio Pichardo establecen una comparación entre un grupo de mujeres mayores con una red vecinal informal de apoyo mutuo en un barrio de Córdoba y personas LGBTIQ+ en Madrid. Y añaden un matiz: la sostenibilidad vital no depende solo de cohabitar, también puede depender de tramas amistosas y comunitarias que sostienen lo cotidiano.

Este desplazamiento dialoga con debates sobre *relatedness* y parentescos elegidos. Janet Carsten empleó el lenguaje de *relatedness* para describir ensamblajes de convivencia, cuidado y reconocimiento más allá de dicotomías rígidas (2000). Kath Weston mostró re combinaciones entre amistad, amor, cuidado y familia y cómo se producen pertenencias y obligaciones morales en las relaciones significativas y

de parentesco para lesbianas y gays (2003). Estas re combinaciones se juegan en materialidades concretas y se enfrentan a dispositivos de legitimidad social. En situaciones de cuidados intensivos al final de la vida, por ejemplo, emerge una tensión entre familia y grupo de amistades donde se redistribuyen protagonismos y derechos de decisión. En esos momentos, la amistad no reemplaza de forma aporoblemática a la familia, sino que negocia, disputa y, a veces, choca con jerarquías institucionalizadas.

Ruiz Torrado y Bullen muestran, en el conflicto de los Alardes, que la amistad puede actuar como motor de participación, apoyo mutuo y sostén moral frente a rechazo, exclusión y sufrimiento, pero, además, que el disfrute compartido forma parte de lo que permite persistir en el tiempo ("vivirlo juntas... también para pasárselo bien"). Agirre Miguelez y Fernández Rodríguez introducen una cautela clave: evitar romantizar el hogar como espacio de cuidados desinteresados. La amistad como forma de vida exige organización cotidiana, reparto, negociación y límites, y no está exenta de conflictos y cierres. Goirizelaia y Luxan Serrano añaden otra dimensión: sostener amistades exige dedicación material y emocional y no es indefinidamente escalable. Ese señalamiento devuelve el cuidado al terreno de regímenes temporales, espaciales y de recursos, y ayuda a pensar la sobrecarga como parte del problema, no como excepción.

La amistad no solo tiene lugar, también produce espacialidades. La casa y la economía cotidiana compartida permiten describirla como forma de vida y como refugio situado en el proyecto de convivencia que analizan Agirre Miguelez y Fernández Rodríguez. En el registro trabajado por Goirizelaia y Luxan, el hogar y las amistades vecinales aparecen como espacios de seguridad y experimentación, atravesados por límites materiales y por el riesgo de cierre. Miren Guilló Arakistain y Laura Muelas de Ayala muestran, a través de espacios de sociabilidad lesbiana en Donostia, cómo entre ocio, cultura y militancia a través de los bares, ciertos lugares no solo acogen relaciones, sino que las hacen posibles y las sostienen como memoria compartida. En la comarca de Mendialdea, el entorno rural obliga a pensar el territorio como condición de posibilidad del encuentro, con prácticas orientadas a generar espacios para compartir, tal como describen Fernandez de Labastida y Urquijo. Y el barrio popular de Córdoba sitúa el centro vecinal como pieza clave para posibilitar y articular relaciones de apoyo mutuo, según la comparación etnográfica de Jiménez-Esquinas y Pichardo. La amistad no es solo vínculo que ocurre en un escenario, sino un conjunto de prácticas que construyen ciudad, barrio, casa o comarca.

Si la idea de la amistad como espacio seguro se idealiza, puede tener como consecuencia analítica que se borren conflictos, desigualdades internas y formas de exclusión, y no se analice cómo estos núcleos corren el riesgo de transformarse en guetos o armarios aislados y con incidencia limitada en la transformación social. Por eso, el volumen invita a describir cómo se produce el resguardo, qué prácticas lo sostienen, qué límites establece y, sobre todo, quién queda dentro y quién queda fuera.

El monográfico insiste en que la amistad es proceso y no estado. Guilló y Muelas de Ayala reconstruyen trayectorias vitales y redes de mujeres lesbianas mayores en Donostia, mostrando vínculos que atraviesan cuadrillas, militancias, ocio y barrio que cambian con el tiempo. Ese énfasis temporal ayuda a evitar que se imagine la amistad como mera etapa juvenil o suplemento de la pareja. Goirizelaia y Luxan Serrano rescatan una dimensión poco reconocida socialmente: el duelo por rupturas amistosas o por la muerte de personas amigas, así como la falta de vocabulario para nombrar pérdidas profundas incluso con redes potentes. En el caso que presentan Agirre Miguelez y Fernández Rodríguez, la convivencia amistosa se proyecta hacia el futuro, desplazando la idea de que es una mera fase en el curso vital. Jiménez-Esquinas y Pichardo muestran la dimensión queer del futuro se vuelve explícita cuando algunas personas describen cómo, ante la posibilidad real y experimentada de no vivir en pareja ni tener descendencia, las amistades pasan a ocupar centro de la imaginación en sus horizontes vitales y del cuidado en la vejez. Uno de los interlocutores sintetiza esa torsión del horizonte familiar al señalar que, en su grupo, "seguramente no tengamos nunca hijos" y que, por eso, se cuidarán entre amigos cuando sean mayores. Para Pérez Galán, por último, el trabajo académico aparece atravesado por regímenes temporales institucionales que reordenan disponibilidad y formas de mantener vínculos, hasta producir el paso de "contarse" la vida a "compartirla" en condiciones de precariedad y evaluación constante.

Cucó invita a pensar a través de la amistad, tratándola como operador analítico y no solo como tema, con atención a diacronía y transformación para evitar esencialismos. Fernandez de Labastida Medina y Urquijo añaden un registro performativo y teatral para transmitir la amistad rural mediante escenificaciones que hacen visible el vínculo como práctica. Y Pérez Galán muestra, en un campo institucional jerarquizado, que la amistad también exige una mirada metodológica fina sobre percepciones, ideologías

y prácticas, atendiendo a cómo género, edad, clase y precariedad median formas de vínculo. En conjunto, el monográfico no propone un único método, pero sí una consigna compartida: estudiar amistad exige observar prácticas y condiciones de posibilidad, sin perder de vista fronteras móviles con otras gramáticas relacionales.

Agenda abierta

El estudio antropológico de la amistad deja abiertas preguntas que constituyen un programa de trabajo pendiente. Cuando atribuimos politicidad a las amistades, conviene precisar de qué tipo de política hablamos y en qué escala opera. La amistad a veces aparece como soporte para la acción pública, otras como práctica política en sí misma y otras como trabajo ordinario de conversación donde se negocian valores, se construye aprendizaje moral y se ensayan decisiones que, acumuladas, reordenan jerarquías. Esta distinción evita restringir lo político a lo explícitamente militante. También obliga a mirar el reverso, es decir, redes que, por proteger, se cierran; espacios de seguridad que facilitan la experimentación, aunque corran el riesgo de funcionar como enclaves que no desbordan o que incluso neutralizan el conflicto.

En segundo lugar, hay un frente material que exige ser tratado con más precisión. La amistad no ocurre en el espacio y el tiempo, sino que los produce y depende de ellos. Falta describir con finura cómo se fabrican los llamados espacios seguros, qué papel juegan la confidencialidad, el no sentirse juzgada, la posibilidad de experimentar y cómo esas condiciones se cruzan con fronteras entre público y privado, con vivienda y propiedad o con la tensión entre espacio propio y espacio compartido. Pero, sobre todo, queda por afinar el análisis de clase social en la gestión del tiempo, en los privilegios para sostener vínculos y en la distribución desigual de la soledad como carga. Sin esa atención a la economía material del vínculo (márgenes laborales, precariedad, movilidad, costes de presencia), se corre el riesgo de que la amistad como forma de vida alternativa se lea como opción universal, cuando en realidad se asienta en infraestructuras desigualmente disponibles.

En tercer lugar, el tiempo exige una agenda propia. No importa solo la cantidad, sino la forma contemporánea de organizarlo: citas a futuro, comunicación asíncrona, “ponerse al día” como práctica condensada, presencialidades ritualizadas y amistades que se sostienen desde la libertad de no estar siempre presentes. Aquí haría falta combinar etnografía con fuentes cuantitativas disponibles (por ejemplo, encuestas de uso del tiempo) y abrir más el foco generacional, porque las gramáticas de la presencia y del vínculo mediado no se distribuyen igualmente por edades. Merece también atención el imaginario mediático sobre la amistad: titulares, diagnósticos y prescripciones que crean un ideal de buena amistad y producen culpa o promesa de salvación, desplazando la pregunta por condiciones hacia un examen moral de los vínculos.

En cuarto lugar, queda por describir con más detalle desigualdades internas y mecanismos de cierre. No como fallos individuales, sino como procesos sociales. Importa observar cómo operan la homofilia, la reputación, las obligaciones implícitas, los criterios de pertenencia y las barreras de entrada a redes. Y cómo se combinan con clase, racialización, edad y género para producir inclusiones selectivas. Ya que la amistad suele pensarse como elección libre, una etnografía atenta puede mostrar hasta qué punto esa libertad está condicionada y cómo se negocian o se silencian asimetrías en nombre de la afinidad.

Una quinta línea, estrechamente ligada a las anteriores, concierne al reconocimiento social de pérdidas y rupturas amistosas. Más allá del duelo por la muerte, interesa comprender qué repertorios existen para nombrar daños, silencios, distancias y separaciones, qué formas de reparación o de cuidado posterior se consideran legítimas y cómo se reorganizan las redes cuando una amistad se rompe sin que haya un marco social claro para tramitar esa pérdida. Ahí se abre una pregunta comparativa especialmente fértil: qué se vuelve públicamente reconocible como pérdida, qué queda privatizado y qué efectos tiene esa jerarquía del reconocimiento sobre el bienestar, la memoria y el acceso a apoyo.

El cuidado se ha vuelto un paraguas que a veces borra diferencias entre apoyo simbólico, tareas cotidianas compartidas, acompañamiento en crisis, solidaridad económica y material, así como formas de apoyo mutuo sin intimidación. Nombrar esas diferencias permite analizar mejor la sobrecarga, los límites, las asimetrías y los costes. Y, del mismo modo, hace falta describir grados e intensidades de amistad sin convertir la presencia constante en medida implícita de buena amistad, atendiendo a ritmos, intermitencias, obligaciones difusas y formas mediadas de sostener el vínculo.

Este monográfico propone una antropología de la amistad capaz de describir cómo se organiza la interdependencia en condiciones contemporáneas, cómo se sostienen vidas en conflicto o precariedad, cómo se hacen y deshacen pertenencias y cómo los vínculos amistosos se vuelven a la vez potencia transformadora y terreno ambivalente. El resultado que se ofrece a la persona lectora no es un catálogo, sino un mapa razonado, transferible y discutible, para pensar la amistad como problema antropológico hoy. Y quizá ahí radique su fuerza política: en ayudarnos a pensar qué vidas queremos sostener, qué futuros queremos abrir y con quiénes queremos construirlos.

Referencias

- Bell, Sandra y Coleman, Simon (eds.) (1999). *The anthropology of friendship*. Oxford, England: Berg.
- Carsten, Janet (ed.) (2000). *Cultures of relatedness: New approaches to the study of kinship*. Cambridge, England: Cambridge University Press.
- Desai, Amit y Killick, Evan (eds.) (2012). *The ways of friendship: Anthropological perspectives*. New York: Berghahn Books.
- Illouz, Eva (2007). *Intimidades congeladas: Las emociones en el capitalismo*. Madrid: Katz.
- Jamieson, Lynn (1998). *Intimacy: Personal relationships in modern societies*. Cambridge, England: Polity Press.
- Puig de la Bellacasa, María (2017). *Matters of care: Speculative ethics in more than human worlds*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Roseneil, Sasha (2004). *Why we should care about friends: An argument for queering the care imaginary in social policy*. *Social Policy and Society*, 3(4), 409–419.
- Smart, Carol (2007). *Personal life: New directions in sociological thinking*. Cambridge, England: Polity Press.
- Weston, Kath (2003). *Las familias que elegimos: Lesbianas, gays y parentesco*. Barcelona: Bellaterra.
- Zelizer, Viviana A. (2009). *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

